

Territorialidades del Caribe. Un serie entre el Caribe y el Atlántico.

Nancy Calomarde

Universidad Nacional de Córdoba

En su artículo, “La vuelta de Cuba a las Américas”, del pasado 25 de febrero, publicado en el diario madrileño *El país*, Rafael Rojas, uno de los más destacados intelectuales del exilio cubano, afirmaba- a propósito del acercamiento entre la Casa Blanca y La Habana- que inicialmente la ideología nacionalista revolucionaria cubana había pensado a Cuba como un país ubicado en la frontera entre las dos Américas. Las voces más radicales de esa tradición iniciada con Martí, no descuidarían la preocupación por la independencia insular, independencia especialmente respecto del siempre acechante intervencionismo de Estados Unidos, sin llegar a la fractura diplomática o a la confrontación militar. La última opción, la de una ruptura bilateral con Washington, carecería de antecedentes históricos hasta 1960 y solo se podría explicar en el contexto de la Guerra Fría y la alianza de la dirigencia revolucionaria con Moscú, afirma Rojas.

Debajo de esa trama en un texto de ocasión, pueden escucharse las voces de una intensa polémica cubana, muchas veces desatendida, en uno de sus matices. Una prolífica bibliografía se ha ocupado desde diferentes perspectivas de repensar el lugar geopolítico y geocultural de la isla, su carácter insular, su significativo bifronte de puerta de acceso a “la otra” América, sus cruces, hibridaciones y ambigüedades: Cuba es la cárcel- norteamericana de Guantánamo pero esta también la isla cubanoamericana de Miami. La isla ha sido pensada, además, como la actualización del paraíso terrenal que desde el relato de las crónicas construyó el mito de la (segunda) isla del descubrimiento. También ha sido estudiada como el territorio épico de la revolución latinoamericana: desde la isla se proyectaría a todo un continente la gesta política, un modelo propio y alternativo de sociedad y de estado. Ahora bien, dentro de esa trama, y pese a la desatención de la crítica, una sesgada línea de lectura, ha atravesado las discusiones. Se trata de una operación que articula el discurso letrado cubano en torno a un repertorio de imágenes, metáforas, argumentaciones y sentidos respecto de la localización de la isla dentro de dos universos contiguos aunque leídos principalmente como antitéticos.

Dicha operación modula un discurso idiosincrático que ubica a Cuba en el espacio imaginario del Caribe o en el espacio imaginario de Atlántico. El carácter liminar y acuático del insularismo configurado en el cruce oceánico habilita, no solamente una zona de proximidades territoriales y sentidos históricos de pertenencia, familiaridad, comunidad, sino -de modo sobresaliente- una determinada configuración geocultural que proyecta una genealogía, un sistema de alianzas y un universo de sentidos peculiar respecto a las experiencias de territorialidad.

El autor de *la isla sin fin*, al retomar la noción de frontera, actualiza algunas de esas voces del pasado, un repertorio de textos que piensa el lugar de la isla como frontera-nexo entre las Américas. Así concebida, a partir de una serie de metasignificantes que organizan una constelación de ideas, proyectos estéticos y políticos y diversas formas de discursividad, la ubicación de Cuba en el genotexto Atlántico permite un doble operación: por una parte construye una genealogía occidentalizadora y cosmopolita que selecciona cierta idea de la excepcionalidad insular “la isla distinta en el cosmos o la isla indistinta en el cosmos” de Lezama; pero también cierta familiaridad cósmica con otras experiencias geoculturales: la idea de “nuestras islitas” (para referirse a la hermandad cubano española) de María Zambrano (1948).

Esa rica red que la cultura letrada interroga en un abigarrado abanico de textualidades, se ordena en tenso dialogismo con la otra versión de la insularidad cubana forjada en la imaginación del Caribe. Regresar a Cuba al espacio simbólico de las Antillas, vale decir, al Caribe, a esa otra tradición del pensamiento ensayístico y literario, implica también modular una experiencia sobre la territorialidad insular desde una matriz radicalmente otra. En esta otra serie, los metasignificantes que van adhiriendo y complejizando la lectura pueden ordenarse en la secuencia base: Cuba-Caribe-Caníbal-cuerpo, ritmo, inmanencia, África, raza, soledad. Guillén y Piñera, enmarcan esta constelación sin agotarla, una tradición cuyo texto probablemente más paradigmático sea el de 1971, *Calibán*, de Roberto Fernández Retamar. Recordemos, por otra parte que se trata de una tradición que no estuvo exenta de contradicciones a la hora de procesar su sentido en el discurso revolucionario y que si bien Retamar cifró y universalizó esos contenidos asumiendo-invirtiéndolo el lugar del monstruoso Caribe-caníbal- Caliban, Vitier- el otro intérprete y operador ideológico del discurso revolucionario- la vio como regresiva, tanto que para 1948 había procurado sortear ese peso muerto de la cultura cubana con el mito de la teleología insular.

Por otra parte, estas tramas casi nunca se han dado de manera transparente ni carecido de múltiples contaminaciones. Vale la pena retomar, las tensiones sobre ambos paradigmas que registra la revista de *Orígenes* a lo largo de sus doce años de vida. La idea de la insularidad resulta central en el sistema poético del mundo que organiza Lezama, es la isla que despierta a la poesía con el grupo Orígenes, vale decir renace al sentido y modula el mito. Ahora bien esta visión se tensa violentamente con otras versiones que cohabitan. Tal el caso de Virgilio Piñera, representante conspicuo de la tradición de la intrascendencia, del no, de isla como cuerpo, del Caribe, una posición que haría pública muy tempranamente con el poemario de 1942, *La isla en peso*. En el poema *Isla* donde

Se me ha anunciado que mañana,
a las siete y seis minutos de la tarde,
me convertiré en una isla,
isla como suelen ser las islas.
Mis piernas se irán haciendo tierra y mar,
y poco a poco, igual que un andante chopiniano,
empezarán a salirme árboles en los brazos,
rosas en los ojos y arena en el pecho.
En la boca las palabras morirán
para que el viento a su deseo pueda ulular.
Después, tendido como suelen hacer las islas,
miraré fijamente al horizonte,
veré salir el sol. La luna,
y lejos ya de la inquietud,
diré muy bajito:
¿así que era verdad?

En 1944, una nota de Pérez Cisneros dedicada a comentar la obra de Portocarrero, en el primer número de la revista *Orígenes* señalaba,

“Todo indica que muy pronto diremos lo atlántico como hemos dicho lo mediterráneo. El océanos nos **trae en suspenso todas las culturas**; las olas roen

y destrozan nuestro promontorios ilógicos; llenan el mar todos los ríos interiores. Y el mar les da la sal y les da la vida”. (Pérez Cisneros,1944:45)

La teleología Atlántica que inscribe la nota “todo indica que muy pronto...” hace ostensible la conciencia cultural de un grupo destinado a forjar una utopía transhistórica y transgeográfica capaz de desplazar la hegemonía mediterránea por la de un mundo reunido bajo otra lógica. Se trata de una lógica que no desplaza del centro a la vieja Europa sino que la reinventa bajo un sistema nuevo sistema de alianzas. Es eso lo que permite la utopía Atlántica: unir América con Europa bajo el signo desjerarquizador de una diálogo entre pares. El mar aparece dibujado en su doble movimiento: por un lado corroe “los promontorios ilógicos” de una cultura encerrada, aislada, excesivamente insular y por otro lado revivifica trae “la sal y la vida”. La contracara de “la maldita circunstancia del agua por todas partes” piñeriana, del mar como artífice del aislamiento y la condena a ser solo cuerpo caribeño. Agrega el autor: “Si el interior es “río perdido en la arena”, río desangrado, “provinciano”, la cultura atlántica sería “confusión y mezcla” que es lo mismo que decir “vitalidad” (45). En este mapa, La Habana constituye la paradigmática ciudad atlántica, “emulsión ideal de tres continente realizado por cables submarinos y compañías de barcos, como la vía romana costera realizó en otros tiempos el braceaje de África, Asia y Europa” (45).

El conjunto de esa mezcla vivificante que Pérez Cisneros lee en la obra de Portocarrero es lo que le permite concluir que “Solo con lo atlántico abarcamos a la vez la línea nórdica, lo monstruoso románico, lo barroco español, el hieratismo indomexicano, el romanticismo emotivo criollo, la rigidez bizantina, lo depurado gótico, la asepsia novecentista, todos presnetes y vivos en esta obra” (46). La operación de sacar a la isla de la tradición caribeña implica sustraerla de la condena al aislamiento, a repetirse a sí misma, a mirarse las entrañas, a corporizarse. Implica también desplazarla de la herencia de “bruma, confetti, vermina, podredumbre y descuartización hacia una cultura de “acordes, religiones, sumas y simultaneidad”

Vivifica y destiñe, religa en otra trama las experiencias culturales de sujetos de otras geografías, la tradición atlántica, la tradición de los hombres que hacen *Orígenes* inventa otra isla, otro dibujo y tonalidad como los que percibe en la obra comentada, donde grieta, lodo, transparencia y cristal, “cuajan” en la obra como en la cultura, sin hacer síntesis, coagulan en un lugar otro que transforma sin anular las diferencias:

“Atlántico que lo destiñe todo. Atlántico teñido de barroco español, iluminado a la vez por una luceta de medio punto románico y por el puro esplendor del Malecón al mediodía” (46)

El flujo y el diálogo que el artículo plantea pone en escena el reemplazo de una lógica de lo sucesivo por otra de la simultaneidad, vale decir entra en sigiloso diálogo con artículos del mismo número, especialmente con el editorial en el que los directores afirmaban estar en contra de la dilatada vastedad de un mundo cuantitativo y sucesivo, de herméticas forma de clausura y de dionisiacas descargas populares, frente a ese universo el hombre de letras debe operar “su fiera selección”. Frente al aislamiento, “el fragmento y la desventura de habitar con tristeza sus porciúnculas”, los editores proponen otra aventura, otra forma de nutrición (9). Esta operación hace visible el sistema través del cual están gestando el proyecto de *Orígenes*, sistema que integra no solamente el mito de insularismo tan caro a Lezama, sino también la noción de barroco como programa cultural que terminaría de cuajar en el trabajo de 1957, *La expresión americana*.

En efecto, la nota se ubica en el centro de una cartografía de la territorialidad cubana que no ha dejado de producir intervenciones. El texto de 1937, de autoría lezamiana pero producto de un diálogo, *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, configura una de las matrices fundacionales de esa genealogía: la idea de cultura litoral, desde la isla distinta en el cosmos o la isla indistinta en el cosmos de Lezama, hasta las islitas de María Zambrano, están sintetizadas en el proteico coloquio.

El segundo texto dentro de esta superpoblada serie en el que me detendré, se publica en un año crucial para Cuba y para el mundo, 1989: *La isla que se repite*, libro de ensayos que permitió la consagración de su autor, Antonio Benítez Rojo, residente en Estados Unidos desde 1980. Desde un locus diaspórico y en el contexto de una profunda reevaluación de los discursos culturales de la tradición cubana, el trabajo se organiza en una factura crítico-ficcional que somete a una operación decosntructiva y resemantizadora ambos legados. En el texto, una serie de líneas teóricas asociadas a las teorías de la posmodernidad, resultan combinadas con elementos provenientes de la deconstrucción y la semiología (propios de los ochenta). Esa clara adscripción se rearticula en el uso de un lenguaje que acusa su cuño teórico. A través de diversas

operaciones, el Caribe se configura en torno a una serie de nociones tales como *metaarchipiélago*, *performance* y *caos*, *free-play*, *supersincretismo* y *ritmo-polirritmo*. La visible pregnancia de autores como Francois Lyotard, Gilles Deleuze, Felix Guattari, Paul de Man se combinan en una propuesta que, desde una estrategia lúdica y metafórica, reelabora nociones provenientes de la teoría científica del caos. Por último, como ha señalado De la Campa “su comprensión del Caribe deriva sobre todo de su previo conocimiento histórico del Caribe colonial: sincretismo, mitos religiosos e iconográficos, así como del anclaje filológico que desempeña para abordarlos” (De la Campa: 23).

El lúcido trabajo del autor de *El Caribe y su apuesta teórica* rastrea las fuentes del ensayo de Benítez Rojo: la tradición novelística cubana (Carpentier, Sarduy, Cabrera Infante) y la crítica producida en la academia norteamericana (González Echevarría, Enrico Mari Santí y Gustavo Pérez Firmat). Sin embargo, y a pesar de que el mismo texto dedica sendos ensayos a Fernando Ortiz y a Guillén, su lectura no repara en lo que- a mi juicio- configura la matriz discursiva del pensamiento sobre la territorialidad insular en la tradición cubana: la tensa discusión del ensayismo literario (aunque no de modo excluyente) en torno la pertenencia de Cuba a la geocultura oceánica. Dentro de esa tradición, Ortiz, con la noción de transculturación tanto como con la zaga de textos dedicados a estudiar la cultura de los afrodescendientes en el Caribe, configura un punto de inflexión.

La interpelación a la pertenencia de Cuba a esos campos antagónicos, estuvo presente desde el ensayo de fines del XIX, atravesó el debate vanguardista de antropólogos, historiadores, escritores, ha sido reinventado en la modernidad-contramodernidad origenista y en el proyecto cultural de la revolución. Más tarde, los procesos migratorios en su incesante crecimiento durante la era postrevolucionaria configurarían una trama de intelectuales diaspóricos que piensa a Cuba desde un lugar de enunciación paradójica, ya que a partir de la dislocación espacial no ha dejado de resemantizar esas tradiciones y proponer su relectura, haciendo interceptar las matrices en pugna de la tradición intelectual cubana con la red de discursos teóricos y académicos que circulan en las metrópolis desde las que dialogan.

La isla que se repite, si bien se detiene en algunos episodios del Caribe anglófono, está centrado en un repertorio de textos cubanos y en especial en las

tradiciones en pugna. La crítica literaria y las cartografías sociopolíticas provenientes de las ciencias sociales configuran el terreno sobre el cual se organiza la textualidad. Desde ese lugar, Benítez Rojo se propone una relectura del Caribe a partir de pensar lo insular- en rigor, su verdadero objeto de reflexión es la isla de Cuba- como metaarchipiélago vale decir como un puente entre islas que conecta de manera asimétrica América del norte con América del sur. La marca que rearticula esa experiencia cultural común estaría dada en la experiencia del Caos, entendido como heterogeneidad, complejidad, dinamismo, tensión: un conjunto discontinuo de “condensaciones inestables, turbulencias, remolinos, racimos de burbujas, algas deshilachadas, galeones hundidos, ruidos de rompientes, peces voladores, graznidos de gaviotas” (433). La noción de caos implica el doble movimiento de desorden, lo que bulle en la naturaleza, y ciertas regularidades dinámicas que se repiten globalmente. Vale recordar que Lezama hablaba del barroco inserto en un doble movimiento de tensión y plutonismo, ruptura y reorganización dinámica e inestable de las partes en un nuevo todo precario. Para Benítez Rojo la idea de Caribe implica un proceso que desatiende la teleología en función de dinámicas que absorben lo marginal, lo residual, incoherente e impredecible. Hace interceptar a esa lógica de la fuga, la regularidad necesaria ínsita en la trama de la conservación. Se trata de una isla que “se repite” dentro de la dinámica de la inestabilidad, en el envés de un discurso de la diferenciación incesante y su paso hacia la nada. La noción de Caos le permite eludir el riesgo de la disolución, recuperando a la vez cierto movimiento cosmopolita que le sirve para expandir la cultura cubana: para entenderla en su pulsión de apertura y a la vez en su movimiento centrípeto- a la manera del plutonismo lezamiano- reunir, religar provisionalmente las diferentes geoculturas de las que se conforma ese metaarchipiélago: “desplegándose y bifurcándose hasta alcanzar los mares y tierras del globo, a la vez que dibuja mapas interdisciplinarios de insospechados diseños” (434)

Sin embargo la metáfora geográfica adquiere en su análisis una nueva figuración mítica, despojando a la Isla lezamiana de su excepcional cuasi ontológica “la mar violeta añora el nacimiento de los dioses/ nacer es aquí una fiesta innombrable”, pero también dislocándola de su contracara, la isla de la negatividad desnuda piñeriana, el pueblo mudo, la isla trágica. Pasado por el sesgo de las teorías poestructuralistas y de la lectura de deleuziana, el ensayo de Benítez Rojo reelabora lúcidamente esos pretextos que le provee la tradición. La construcción de la otra idea-metáfora, el

“metaarchipiélago” opera reapropiándose del carácter mítico, la reinventa como isla-centro pero a un tiempo impide su fijación. Esta isla no es ninguna de las islas que conocemos, afirma Benítez Rojo. Ni Jamaica ni Aruba ni puerto Rico, ni Miami ni Haití ni Recife, se trata de una Antilla Hipotética y por ello imposible de fijar. Al eludir toda forma de localización y de geografía, la vuela categoría transhistórica y transgeográfica. Como la Hélade o el gran archipiélago Malayo, esta isla mítica atraviesa casi toda la geografía global, y puede encontrarse tanto en Sevilla como en un suburbio de Bombay, “en una fonda cantonesa de 1850, en una almacén de Burdeos en tiempos de Colbert, en una discoteca de Manhattan y en la saudade existencial de una vieja canción portuguesa” (434).

El nuevo cosmopolitismo que diseña el texto integra al diálogo entre las Américas y a ellas con Occidente, el sistema de heterogeneidades culturales que configuran la forma de la otredad insular. Como se advierte, la operación de Benítez Rojo negocia por una parte con el lugar de la excepcionalidad insular y por otra con su apertura: la metáfora del metarchipiélago le permite a la vez inscribirse como punto de conexión entre las dos Américas y aproximarse a Occidente. Al tiempo que hace pesar sobre esa noción de isla la tradición del mito, desagregándola de la cadena de referentes empíricos la vuelve matriz fundadora de metáforas. De este modo, la metáfora viene a interpelar la tradición del insularismo en de sus dos vertientes, principalmente reordena la serie de isla-mito aunque dislocada de la pulsión teleológica.

No se propone trazar un nuevo mapa como entre las los Américas porque los mapas de orden terrestre y pragmático solo sirven para la geopolítica de las estrategias militares y financieras que remiten a una primera lectura del mundo. Sino propone funcionar como lectura otra, como huella de esa “cierta manera” de la caribeñidad y rearticular en una lectura metafórica el mito y la historia, los procesos complejos de diseminación- interiorización, de plantación, esclavización, mercantilismo, migración y violencia que atraviesa a la región y que lo conecta a la tradición de la Insularidad caribeña con la historia global. Afirma Benítez Rojo:

“el enchufe que cuenta es el que hace la máquina Caribe cuyo flujo, cuyo ruido, cuya complejidad atraviesa la cronología de las grandes contingencias de la historia universal, de los cambios magisteriales del discurso económico, de los mayores choques de razas y culturas que ha visto la humanidad” (435)

Por último, el trabajo propone también una contralectura de la tradición Atlántica desde una perspectiva poscolonial al hacer visible los procesos de dominación política y económica que incluyó ese paradigma. Desde dicha economía discursiva del Atlántico, se construye la máquina Caribe, basada en la economía de la plantación como modelo económico, político y cultural. Instalada en el Caribe y acoplada al Atlántico y al Pacífico desde el siglo XV, la máquina consolida un sistema capitalista global desde los inicios de la modernidad hasta el presente, produciendo millones de esclavos africanos además de una red económica y política que vincula a India, China, capitalismo mercantil e industrial, subdesarrollo africano, guerras imperiales, rebeliones revoluciones, dictaduras y “un estado socialista no libre”, concluye el ensayista.

“Seamos realistas, el Atlántico es hoy el Atlántico (con todas sus ciudades portuarias) aunque alguna vez fue producto de la cópula de Europa- ese insaciable toro solar- con las cotas del Caribe; el Atlántico es hoy el Atlántico- el ombligo del capitalismo- porque Europa en su laboratorio mercantilista concibió el proyecto de inseminar la matriz caribeña con la sangre de África; (...). “ (436)

Coda

Eludir la dictadura de la geografía, imagina Benítez Rojo; o bien volver a la ella para pensar desde metáforas espaciales y metáforas de movimiento que mitigan el peso avasallador de la teleología insular, tal como imagina Iván de la Nuez:

“Comienza un punto en que el arte aparece como una geografía para circunnavegar, para entender ese asunto delicado que es el de saber estar en el planeta. Y al revés, se torna al punto fundador del espacio cubano, en el que la geografía –una ciencia bastante despreciada por la modernidad insular– operaba como un arte para morar en el mundo. Así lo entendió nuestro primer cartógrafo, Martín Fernández de Enciso, quien en su *Summa Geografica*, escrita en el lejano siglo XVI, nos adelantó que la suya era una obra que trataba “largamente del arte de marcar” (1997: 137).

Las huellas de ese arte de marcar permite armar una genealogía ensayística, literaria y crítica permite también reponer esas discusiones en un conjunto de trabajos académicos

recientes, donde conviven discursividades tan disímiles como el imprescindible trabajo de Ana Pizarro, *El Caribe un archipiélago de fronteras fluidas*, la línea de los Estudios Transatlánticos que organiza por Julio Ortega- donde las problemáticas del Caribe y su transterritorialidad ocupan un sitio destacado-o “Próspero y Calibán, capítulo sorpresa”, un artículo de diciembre último De la Nuez a propósito del todavía hipotético postbloqueo.

Las huella de la antigua discusión Caribe o Atlántico continúan susurrando en tantísimos textos y configuran las marcas de una inconclusa conversación cubana, “*envés de la trama*” que imagina aquél lugar interoceánico en el mundo y las rutas de los caribes transterritorializados lidiando con la saturada discursividad insular “ese momento en el que Calibán, percatado de la inutilidad de su lucha, opta por abandonar la ínsula y atraviesa el océano para explorar, sobrevivir, dejando algún rastro en el mar” (de la Nuez, 1997: 150).

Bibliografía

BENÍTEZ ROJO, Antonio (1989) *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*, Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte.

DE LA CAMPA, Román (2012) *El Caribe y su apuesta teórica*, en <http://www.celarg.org.ve/>. Fecha de consulta 23 de mayo de 2015.

DE LA NUEZ, Iván (1997) “El destierro de Calibán. Diáspora de la cultura de los noventa”, en *Encuentro* 4-5, pp 137-150.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (2004) “Calibán”, en *Todo Calibán*, Buenos Aires: Clacso.

LEZAMA LIMA, José “Noche insular, jardines invisibles”, *Obras Completas*, México: Aguilar.

----- (1975) *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, en *Obras Completas*, México: Aguilar.

----- (1975) *La expresión americana*, en *Obras Completas*, México: Aguilar

PEREZ CISNEROS, Guy (1944) “Lo atlántico en Portocarrero”, *Orígenes N°1*, pp 44-45

PIÑERA, Virgilio (2000) *La isla en peso. Obra Poética* (ed. y comp. de Antón Arrufat), Barcelona: Tusquets.

ROJAS, Rafael (2015), “La vuelta de Cuba a las Américas”, en diario *El país*, 25 de febrero, pp 2-3.

ZAMBRANO, María (1958) “La Cuba secreta”, *Orígenes N°20*, pp 63-69.

